

pales que suelen desfigurar la acción, y que suelen cometerse por los oradores.

III.—DEFECTOS EN LA ACCIÓN.

583. 1.º Inclinarsen en el púlpito, balancearse ó encorvarse de tal manera como quien se pone á nadar sobre el auditorio.

2.º Estar la cabeza con afectación, ó erguida, ó torcida hipócritamente ó con negligencia.

3.º Dejar correr con vaguedad ó con altanería las miradas sobre el auditorio.

4.º Golpear furiosamente de piés y manos en el púlpito.

584. 5.º Dejar caer á cada palabra ó dicción las manos sobre el púlpito con ruido, como quien está amasando pan, lo que produce un efecto muy desagradable.

6.º Dar al movimiento de brazos tanta celeridad como quien esgrime una espada, ó juega al molinete.

7.º Cerrar los puños, presentarlos al auditorio, y otras acciones indecorosas.

8.º Accionar siempre con un solo brazo, y no acompañar de vez en cuando con el izquierdo para la grandeza y vida de la acción.

9.º Representar en el púlpito todo cuanto dice, como los juglares y comediantes, aún en las cosas más viles y bajas. Como si para representar un tañedor de vihuela, hiciera ademán con sus manos de herir sus cuerdas. Faltaría á la dignidad augusta de su misión.

585. 10. Hay que evitar toda ridiculez, y sobre todo notar bien los defectos propios, por medio de un censor imparcial, y observar las reglas admitidas en la buena sociedad.

586. Hay ciertos RASGOS EXTRAORDINARIOS, espontáneos, que son de un maravilloso efecto, cuyo uso determinará la prudencia del misionero experimentado, según las circunstancias, la necesidad, la inspiración; pero evitando siempre lo ridículo, que en parte menoscabaría el fruto de sus sudores y celo.

LECCIÓN XL.

Preparación para predicar.

587. Visto ya y considerado todo cuanto se requiere para *componer* y *recitar* bien los sermones, otra cosa ya no queda sino tratar el modo de prepararse para el acto de predicación, á fin de que Dios Nuestro Señor bendiga nuestros trabajos, y no nos increpe con estas duras palabras: *Quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?* (Ps. XLIX).

588. La *preparación* es absolutamente necesaria para la predicación; sin ella sería una temeridad subir al púlpito á anunciar la palabra de Dios. El predicador sólo al considerar estas palabras del Apóstol: *Non nosmetipsos predicamus, sed Jesum Christum* (Cor. iv, 5), puede comprender cuánto debe esforzarse en anunciar dignamente á Nuestro Señor Jesucristo, Redentor de los hombres, en cuyo nombre habla como á legado suyo, y en prepararse debidamente, en cuanto está de su parte, para esta noble y divina misión, que causa envidia á los mismos Angeles del cielo. La *preparación* es *remota* y *próxima*: de ellas vamos á tratar.

PREPARACIÓN REMOTA.

589. La *preparación remota* consiste principalmente en una *vida santa* y *ejemplar*, pues no puede ponderarse debidamente cuánto influyen sobre los pueblos la virtud y santidad de vida del predicador, como ya lo dijo San Gregorio en sus *Morales*: «Aquél coge abundantes frutos de su predicación que la *prepara* con la simiente de buenas obras, porque la autoridad del que habla es inútil cuando la palabra no va acompañada de los hechos del que predica: *Nam loquen-*

di auctoritas perditur quando vox opere non adjuvatur.
El predicador debe ir delante preparando los caminos del Señor con su palabra, pero más con su ejemplo; pues, como dice San Agustín, la buena y santa vida del predicador hacen mucha mayor fuerza é impresión que la más fina y persuasiva elocuencia.

590. El pueblo no considera en ellos más que á los enviados de Dios, en quienes supone la grande santidad que lleva consigo tal dignidad, y por esto los respetan y reverencian más por su santidad que por su ciencia, que también hay sabios en el mundo, y sin embargo no se les da tal veneración por no estar revestidos de este carácter sagrado. Cuando, pues, el pueblo, sobre todo gente sencilla é ignorante, ve que los predicadores no practican lo que predicán, ó, como dice San Gregorio, contradicen con las costumbres su predicación: *Quod verbis predicant moribus impugnant*, no puede persuadirse que esa clase de predicadores hable de buena fe, ni proceda con convicción en sus afirmaciones; lo que piensa es que se habla por costumbre, por cumplir con el oficio, y nada más. Con esto el ministerio sacerdotal queda desacreditado, y la predicación llega á ser despreciada. «Esto es monstruoso, dice San Bernardo, tener una lengua parladora, la mano floja, y una vida oscura y tenebrosa por falta de virtud: *Lingua magniloqua, manus otiosa, et vita tenebrosa est res monstruosa.*»

591. El predicador, como maestro de la sana doctrina, como guardian vigilante de las buenas costumbres, ha de estar sobre la multitud por sus intachables costumbres, por su santa vida, por su dignidad sacerdotal y por ser el legado de Jesucristo para anunciar á los hombres su divina voluntad. Mas «¿Cómo podrá ser respetado del pueblo quien en nada se diferencia del pueblo, se exclama San Ambrosio? ¿Qué podrá admirar en tí, si ve en tu persona sus mismos defectos? ¿si nada observa en tí que no lo encuentre en él? Si de alguna cosa tenía que avergonzarse, tropieza en lo mismo contigo, á quien juzgaba digno de reverencia.» Así se expresa el Santo Doctor.

592. Nada nos parece aquí más oportuno que dejar oír la voz autorizada de nuestra Santa Madre la Iglesia en

la sesión xxii del Concilio Tridentino: «No hay cosa, dice, que vaya disponiendo con más constancia á los otros á la piedad y culto divino, que la vida y ejemplo de los que se han dedicado á los sagrados ministerios; pues considerándoles los demás como situados en lugar superior á todas las cosas de este siglo, ponen los ojos en ellos como en un espejo, de donde toman ejemplos que imitar. Por este motivo conviene totalmente que los clérigos, llamados á ser parte de la suerte del Señor, ordenen de tal modo toda su vida y costumbres, que nada presenten en sus vestidos, porte, pasos, conversación y todo lo demás, que no manifieste á primera vista gravedad, modestia y Religión. Huyan también de las culpas leves, que en ellos serían gravísimas; para inspirar así veneración á todos con sus acciones. Y como á proporción de la mayor utilidad y ornamento que da esta conducta á la Iglesia de Dios, con tanta mayor diligencia se debe observar.» Así se expresa el Santo Concilio. Aquí encontramos cuál ha de ser la verdadera preparación en los predicadores, á fin de que los pueblos oigan con fruto la divina palabra, pues no podrá menos que fructificar al salir de los labios de un predicador santo que necesariamente tiene tan gran ascendiente sobre los auditorios sólo al presentarse en el púlpito. Su vista mueve á piedad, y su porte edificante y su santa vida, antes de expresar una frase ya tiene casi ganados los corazones.

593. Todo esto quedó comprobado perfectamente por el ejemplo de tantos santos predicadores, en quienes era tal su modestia y santidad ejemplar, que con sólo presentarse al púlpito ya ganaban los voluntades de todos. Todas las Ordenes religiosas de la Iglesia han tenido ilustres varones de esta clase, lo mismo que el clero secular; ni en ningún siglo de la Iglesia han faltado estos modelos. San Francisco, nuestro Padre, movía sólo con su aspecto tan modesto á devoción y lágrimas á los más grandes pecadores. Aquel gran predicador de las Indias, San Francisco Javier, convirtió aquellos pueblos gentiles principalmente con la santidad y el ejemplo. Y á San Francisco de Borja le fué ordenado por el rey que subiera al púlpito sin tener tiempo de prepararse, diciendo aquel monarca que aunque no dijese

ni una palabra, bastaba que predicase con su ejemplo. Tal efecto causaba su santa presencia. Por esto, cuando predicó en su primera Misa, el auditorio, anegado en lágrimas, estaba en gran manera impresionado. «¡Ah! decían, hemos visto el amor divino brillando en su semblante y en todos sus movimientos, y nos hemos convertido.» ¿Quién ignora los efectos producidos sólo con su presencia en el púlpito por aquellos apóstoles de Italia un P. Séñeri, un San Ligorio? Aquel aire conmovido, aquella expresión patética, aquellos rostros transfigurados por el amor divino ¿a quién no han causado honda impresión? Los grandes pecadores se golpeaban el pecho, sus duros corazones se conmovían. «Pero ¿quién no ha sido testigo alguna vez de una peroración de este género, se exclama un escritor moderno? ¿Quién no ha oído á uno de esos predicadores intachables cuyas palabras hieren en el alma y se graban profundamente en la memoria?...» La vida edificante no puede menos que animar las almas á la virtud, y disponerlas á recibir con fruto la palabra de Dios. Se cuentan conversiones de pecadores que menos influyó para su conversión el sermón cuanto la modestia y presencia edificante del sacerdote, el modo agradable y caritativo de tratar á sus amados oyentes.

594. «Por otra parte es un hecho comprobado, dice el Sr. Bravo y Tudela, que la *santidad* contribuye admirablemente á la elocuencia: forma parte esencial del genio apostólico; es la que inspira las grandes ideas, los sentimientos elevados, los nobles y generosos arranques y todos esos sublimes rasgos que hacen latir los corazones, llenan de admiración y arrastran las muchedumbres. La *santidad* enseña á hablar de la Religión, de los misterios y de las virtudes con fe, con alma, con inteligencia y con unción.» Este es realmente uno de los grandes secretos para predicar bien y con fruto, pues la santidad aumenta al brillo de la fe, el ánimo y firmeza de la esperanza y el fuego sagrado de la caridad, y todo esto produce una firme é inquebrantable convicción, y cuando hay convicción se sabe sentir y se habla verdaderamente con elocuencia: *Si repletæ fuerint nubes, imbrem super terram effundent*, ha dicho el Espíritu Santo. (*Eccles.* XI, 3).

595. Mas desde el momento en que una loable y santa vida no acompañan á la predicación, son incalculables los males que resultan. Mejor es callar, dice San Crisóstomo. *Melius est tacere.* ¿Y por qué? Ya da la razón el Santo Doctor: «Porque entonces me vuelves la obra imposible. Pienso, pues, que si tú hablando con tanta facundia no cumples lo que predicas, mucho más yo soy digno de excusa.» Sólo en aquellos varones apostólicos que practican lo que predicán, pueden descender de lleno las bendiciones del cielo; de los demás dicen: Predica lo que no crees; si creyese en lo que predica, por cierto lo practicaría; y entonces, perdido el crédito y ascendiente que el sacerdote ha de tener sobre los pueblos, ¿qué almas podrá convertir, si nuestra palabra, según San Gregorio, entonces sólo recibe fuerza y eficacia cuando la acompaña y estimula la obra? *Dabis vocem virtutis, si, quo suades, tibi prius persuasisse cognosceris; validior operis, quam oris vox est. Fac ut loqueris.*

596. Y si muchas veces hay predicadores que sin tener nada de santos parece que obran prodigios, en general podemos decir que mucho ruido y pocas nueces; muchos elogios y pocas conversiones sólidas; y si realmente resultan por un milagro muchas de éstas, hemos de pensar que Dios Nuestro Señor, sin atender á la indignidad del predicador, derrama su misericordia sobre las pobres almas para que no se vean privadas de aquel medio poderoso de salvación, y al mismo tiempo mirando cómo sostener la dignidad sacerdotal delante del pueblo; pero tales predicadores darán estrechísima cuenta á Dios, ya por el mayor fruto que pudieron hacer, ya también porque se exponen á caer en ridículo y quedar llenos de confusión el día que el pueblo llegue á descubrir que simulaban una virtud y santidad que estaban bien lejos de poseerla.

597. Estamos, pues, obligados los predicadores á la *santidad*, la cual es la *preparación remota* para la predicación, porque entonces, como dice San Gregorio Nacianceno, el pueblo cree muy fácil y practicable cuanto les predicamos, pues que ya lo ve y observa practicado antes por nosotros mismos: *Non difficile estimatur, quod jam factum cons-*

picitur. ¡Cuánto bien se hace á las almas, cuanto se animan á obedecernos para apartarse de los vicios y practicar la virtud, cuando ven que nosotros primeramente cumplimos todo cuanto les predicamos. De todo lo dicho se infiere, que para una buena *preparación remota* debe el predicador observar las siguientes reglas:

REGLAS DE PREPARACIÓN REMOTA.

598. 1.^a El predicador debe vigilar en gran manera sobre su conducta, su porte y su conversación. para que en todo quede el pueblo edificado. Formará grande aprecio del tiempo, y se ejercitará en adquirir la santidad propia de su augusto ministerio, para que sea de ejemplo y estímulo á los demás, pudiendo decirles con el Apóstol: *Imitatores mei estote.* Pues no hay duda que atraviesa los corazones de los oyentes de buena voluntad aquella voz que va recomendada por la vida del que habla, dice San Ambrosio; porque lo que hablando manda, mostrándolo ayuda para que se haga: *Quia quod loquendo imperat, ostendendo adjuvat ut fiat.*

599. 2.^a De ninguna manera debe concurrir á las diversiones, festines, partidas de placer, juegos y pasatiempos que los del mundo se permiten, y de cualquier otra cosa que puede ser en desdoro de su alta dignidad. Un ministro de Dios no debería verse sino en el altar, el púlpito y el confesonario, ó en el desempeño de su ministerio. Tratando sin moderación con la gente, llega á perdersele el respeto, pues llegan á conocerse sus faltas y defectos, de los cuales no está exenta la flaqueza humana. Y además; de un santo que come, bebe y tal vez juega con ellos, no se hace mucho caso. Llega á perdersele la confianza; aquella confianza tan necesaria para depositar los secretos del alma en el corazón del sacerdote, y para recibir de sus labios aquellos consejos de eterna vida. Sin querer hace tal vez un gran mal con sus libres modales á muchas almas que de otra suerte hubiera salvado.

600. 3.^a En cuanto le sea posible ha de abstenerse del trato y conversación con las mujeres, sobre todo á solas, á

oscuras ó en lugares sospechosos, y cuando por razón de necesidad ó de nuestro ministerio hay que tratar con ellas, debe entonces usarse de mucha circunspección; pues dejando aparte los peligros que podría haber, la malignidad de la gente todo lo echa á mala parte, y resulta en gran detrimento de la buena opinión de santidad que necesita el predicador del Evangelio, quien siempre ha de tener presente esta máxima del gran Doctor de la Iglesia San Jerónimo: *Solus cum sola non sedeas in secreto absque arbitro et teste.*

601. 4. Para que la palabra del predicador tenga eficacia, debe éste ejercitarse en la práctica de aquella *especial virtud* que quiere predicar á los otros: esto es lo que monseñor de la Motte, obispo de Amiens, llamaba *hacer su sermón.* La experiencia que se tiene de las cosas hace que podamos hablar mejor sobre ellas; y por tanto, si el predicador es hombre de oración, de paciencia, de mortificación, de virtud, si está poseído del amor de Dios, no hay duda que podrá hablar de todo esto con una maravillosa persuasión y efecto; las almas no podrán menos de escuchar y ser bien guiadas por un maestro tan experimentado; necesariamente tendrán que encontrar el bálsamo consolador de sus males en manos de un médico que experimentalmente conoce en sí mismo las grandes y ocultas vías del corazón humano. *Fate, fate, e non parlate,* decía á los predicadores uno de aquellos primitivos discípulos de nuestro glorioso Patriarca San Francisco de Asis.

602. Si, pues, no se observan los frutos que serían de esperar de tanta predicación y de tantos sermones que hoy se escuchan en muchos lugares, ¿no debería esto hacernos entrar en sospecha á los predicadores, de que tal vez muchos se van en consideraciones especulativas y no necesarias, y que á muchos nos falta esta *preparación remota* de que acabamos de hablar? El pueblo, por ignorante y grosero que se le suponga, observa siempre la vida de los predicadores, ve las contradicciones entre ésta y su doctrina, y sólo los apostólicos operarios se ven colmados de copiosos frutos. Mas todavía no basta la *preparación remota*, se requiere inmediatamente antes de predicar la *preparación próxima.*

II.—PREPARACIÓN PRÓXIMA.

603. Esta supone la preparación remota, y precede inmediatamente á la subida del púlpito. Si por perentorias y demasiadas ocupaciones el predicador no ha podido tener esta debida preparación, Dios no le negará sus auxilios, ni los hombres que le escuchen su indulgencia; pero fuera de estos casos apurados, no se puede subir al púlpito sin esta *preparación próxima*. Oportunamente el abate Bautain la llama: *preparación intelectual, moral y física*.

604. 1.^a **Intelectual.** «En el postrer momento, dice este escritor, es decir, una hora, media hora, un cuarto de hora antes de tomar la palabra, debe en el silencio repasar su plan, recorrer cada una de las partes con su encadenamiento, fijar definitivamente sus ideas principales y el orden de las mismas, y en una palabra, grabar, ahincar profundamente en su imaginación lo que escribió en su papel, de suerte que pueda leer en sí propio, dentro de su entendimiento, con seguridad y sin esfuerzo las indicaciones de lo que ha de decir.»

605. En aquellos críticos momentos de preparación no conviene en manera alguna repasar y declamar en voz alta los sermones como hacen algunos, sin advertir el daño que se hacen; pues al subir al púlpito no consideran que van á predicar un segundo sermón, al cual no se ha de prestar fácilmente la voz, cansada ya del primero. La voz ya no fluye debidamente para la repetición.

606. 2.^a **Moral.** Consiste en que el predicador, hasta el preciso momento de subir al púlpito, se refugie dentro de su corazón, ante la presencia de Dios, impresionado de su augusto carácter, de las verdades que va á anunciar, y de la cuenta que se le ha de pedir de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo. Para ello, pues, procurará tener:

607. 1.^o *Recta intención.* Sin ésta es imposible desempeñar bien el ministerio evangélico. El móvil de la divina palabra es arrancar gritos de compunción á los oyentes y mover á dolor de los pecados: rechazar valerosamente los

primeros asomos de la vanidad que pueden levantar los aplausos humanos; en esto se ha de ejercitar el fervoroso predicador. Esto le intima Dios, esto le ordena la Iglesia, esto le enseñan los Santos Padres: huir la vanidad, y buscar en todo á Jesucristo y la salvación de las almas. ¡Ay del predicador si no tiene esto presente! Siendo el doctor, maestro y guía de un pueblo que acude á oírle para buscar la salvación de su alma y evitar los horrores del infierno, á nada de esto atiende, no se compadece su corazón, y atento tan sólo á satisfacer su vanidad, llega hasta el extremo de quedar satisfecho si le dicen que ha predicado bien, aunque ni una sola alma haya sacado de las garras del demonio. Miserable é infeliz traidor, se exclama San Crisóstomo: *Miser et infelix proditor*, pues te predicás á tí mismo; más miserable que el mismo Judas, pues para satisfacer tu orgullo y elevar tu gloria personal vendes no solamente á Jesucristo, sino á las almas redimidas con su preciosísima sangre.

608. Insistimos tanto en esto porque los Santos Padres nos pintan esta sutil tentación con los más negros colores, y muchísimos predicadores fácilmente se dejan vencer de ella. «Pero muchos predicadores, y especialmente los jóvenes, dice el venerable P. Granada, se guardan tan poco de evitar este peligro, qui ni aún siquiera le conocen. (*Ret.* 1, cap. 5)». Mas oigamos lo que con un tono el más expresivo dice Cornelio á Lápide: *Predicator qui plausum querit, et non conversionem populi, damnabitur.*

609. Sólo la verdad ha de ocupar al orador; éste ha de ser su norte, su fin, y entonces poseído de la verdad que va á anunciar, fácilmente se olvidará de sí mismo. «Entonces estará grande, poderoso, deslumbrante como la misma verdad, ha dicho Bautain. El ya no existirá, existirá la verdad, la verdad que por medio del orador obra; su palabra estará realmente inspirada.» Y entonces los oyentes, perdido de vista al hombre, sólo verán al órgano de Dios; y es entonces que la elocuencia eleva, abate, hiere, parte, destroza, convierte á Dios los corazones; en una palabra, hace milagros. Ved cómo una de las grandes prerogativas de la verdadera elocuencia consiste en estar poseído de la verdad

que se defiende, y en olvidarse de sí mismo; y los predicadores, nuncios de la buena nueva á todos los países del universo, vean cómo serán más grandilocuentes cuanto más se olviden de sí mismos y todo lo atribuyan á Dios, cuanto más con humildad y recta intención en su palabra inflamada canten la gloria del Altísimo.

610. 2.º *Espíritu de oración.* Consiste en aquella íntima comunicación con Dios. La oración es el recurso de los Santos. Aquella gran sabiduría, aquella suave unción en las palabras y en los escritos de los Santos Doctores de la Iglesia y de tantos apostólicos varones, aquellos frutos de conversión admirables, en vano buscaríamos en otro lugar su origen que en la oración. Esta era la fuente á donde acudían. *Nada de provecho hará un predicador si no tiene este espíritu de oración.* Son una nube de testigos que afirman esto; sería una temeridad, intentar un imposible, querer citar los Santos Padres y escritores que forman coro en proclamar muy alto la verdad de la proposición sentada. Tengámosla presente los predicadores.

611. Es muy notable lo que hacían los Apóstoles: *Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus.* (Act. vi, 4). Observemos que la oración precedía como preparación á la predicación evangélica. Si algunos no consideran necesaria la oración porque sus sermones son meramente científicos, tanto peor para ellos; nosotros hablamos á los que realmente predicán, esto es, anuncian el Evangelio de Dios á los hombres. Jamás los Profetas hablaron al pueblo sin haber consultado con Dios, sin recibir las órdenes de su voluntad soberana. Ved sus frecuentes fórmulas, tan expresivas para intimar á los pueblos sus divinos mandatos: *Hæc dicit Dominus; Dominus locutus est; Audite verbum Domini.* Mas sin la oración ¿á qué cosas no se expone el predicador? ¿No será su sermón algún alambicado discurso? O cuando menos ¿no será considerado por muchos como palabra humana privada de aquella unción y fuerza sobrehumana con que Dios sabe revestirla, cuando á El se acude? No conviene subir al púlpito, enseña San Agustín, sin que antes se llene el predicador en la oración de aquellos santos afectos, cuyo desahogo ha de formar propiamente su sermón,

y añade: *Quis novit, quid ad præsens tempus dicere expediat, nisi qui corda omnium videt? et quis facit ut quod oportet et quemadmodum oportet dicatur à nobis, nisi in cujus manus sunt et nos et sermones nostri.* (Lib. iv, *Doctr. crist.*). Concluyamos diciendo con Santo Tomás que toda buena predicación se deriva de la plenitud de la oración y contemplación: *Ex plenitudine contemplationis derivatur predicatio.*

612. Es digno de grabarse en la memoria el consejo que daba el P. Le Jeune sobre el particular á los predicadores: «El primer aviso, decía, que tengo que daros para predicar bien, es orar bien; el segundo, orar bien; el tercero, el cuarto, el quinto, el décimo, es orar bien.» Cuán cierto es que al predicador le ha de ser muy familiar la oración, más aún que la misma Biblia Sagrada. Por esto los Santos predicadores pasaban noches enteras en la oración. Bien podemós decir que media hora de oración antes de la predicación aprovecha más que horas enteras de estudio; á los pies del Crucifijo encuentra el predicador aquella piedad y sabiduría que ha de comunicar á los hombres. El séráfico Doctor San Buenaventura, en la contemplación del Crucificado encontraba aquellos piadosos sentimientos y aquella ternura que después comunicaba á los demás en la cátedra y en el púlpito. Santo Domingo jamás se atrevía á subir á él sino después de haberse postrado á los pies de la Santísima Virgen para recomendarle la predicación, y decirle: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata, da mihi virtutem contra hostes tuos.* San Vicente Ferrer siempre se preparaba con dos horas de oración para la predicación; y cierto día que, habiendo descuidado algún tanto este ejercicio para preparar mejor su sermón, habló de un modo seco y sin unción, exclamóse suspirando: «¡Ay de mí! Vicente ha hablado hoy, mientras que los otros días era Dios quien hablaba por su boca.» Oración antes y oración después de la predicación, añadiendo ásperas mortificaciones, éste fué el modo como los Santos predicadores hicieron tanto fruto; como Isaías oían en la oración aquella voz de Dios: *Clama, ne ceses,* en el cap. XLVIII, y después de anunciar los premios y los castigos podían concluir como él: *Os enim Domini locutum*

est. Porque los predicadores son también como la boca de Dios por la cual habla á su pueblo; son las sonoras trompetas de Israel que han de estar siempre á la disposición de Dios por medio de la oración, para repercutir por toda la tierra como la de los Apóstoles, siempre que sea su divino beneplácito: *In omnem terram exivit sonus eorum; et in fines orbis terre verba eorum.* (Ps. XVIII).

613. La unción y la piedad dimanán del sentimiento interior de las cosas de Dios, de aquel sabor espiritual con que el alma gusta de las cosas divinas, que parece se pega á todo cuanto trata y pasa por sus manos, comunicándoles aquel sabor espiritual, aquel calor; aquella suavidad, aquella compunción; sin esta unción, las cosas de sí más elevadas permanecen áridas y sin grande atractivo, mas esta unción persuasiva y suave sólo en la oración la comunica el Espíritu Santo á sus predicadores; en la oración está aquel magnífico arsenal para proveernos de toda clase de armas espirituales contra las potestades infernales, á las cuales queremos arrebatár las pobres almas que gimen cautivas. Predicadores de la divina palabra, acordémonos de estas memorables palabras de Judit: *Memores estote Moisis servi Dei, qui Amalec non ferro pugnando, sed precibus Sanctis orando, dejecit.* (Judit, IV, 13).

614. La oración, pues, es una magnífica *preparación próxima*, y por esto los santos predicadores la han ejercitado de varias maneras, como también la han recomendado. Unas veces ofreciendo el Santo Sacrificio de la Misa. «Subid después de su celebración al púlpito, decía uno, porque los demonios temen aquellos labios que relucen mojados con la sangre del Cordero.» Otros haciendo visitas al Santísimo Sacramento, que era el gran recurso del apóstol de las Indias, San Francisco Javier, quien decía: «Más conversiones se consiguen orando al pie del altar, que pronunciando en el púlpito los más hermosos trozos de elocuencia.» Ya acudiendo á la poderosa intercesión de la Virgen Santísima, del Patriarca San José, patrón de la Iglesia, y de los Angeles y Santos, y después de haber hecho de nuestra parte todas las diligencias necesarias, entonces, sí, desplegar nuestros labios con toda confianza en Aquel que nos ha di-

cho: *Non enim vos estis qui loquimini, sed spiritus Patris vestri qui loquitur in vobis.* (Matth. X).

615. 3.^a **Preparación física.** En cuanto á ésta sólo diremos, que para el ejercicio de la predicación se requiere la salud corporal y buena constitución que pueda soportar las fatigas que consigo lleva este santo ministerio, como cada uno fácilmente puede comprender. Sobre lo cual dice el señor Bravo y Tudela: «El ejercicio del ministerio apostólico exige que el predicador posea una voz perceptible, igual y sostenida; que la edad y constitución física correspondan á las tareas que se imponga, pues no sería grato á los ojos de Dios esforzarse en contrariar la falta de robustez y ciertas cualidades personales que el estudio ni la educación oratoria pueden vencer.»

II.— DURANTE EL SERMÓN.

616. Principalmente cuando está en el púlpito, entonces deberán revelarse en todas sus palabras, y en la fisonomía del predicador:

1.^o **La bondad y dulzura**, las cuales son indicios de la verdadera santidad. «No debe permitirse jamás, dice un escritor moderno, cargos amargos, invectivas ó reprensiones impetuosas, apóstrofes insultantes á los pecadores, á los incrédulos, á los herejes, y retos altivos de responder á las pruebas dadas: los pueblos creen que el sacerdote se enfada, aunque sea contra el vicio, que muestra orgullo y mal humor, aunque sea en favor de la virtud, es un hombre como otro, que se deja dominar por la vivacidad y el orgullo. Ellos no reconocen más en él los rasgos de la santidad que, siempre buena, amante, compasiva para con los pecadores extraviados, tempera la amargura de los cargos necesarios por la dulzura y caridad.» Del mismo modo ha de estar preparado á cualquier accidente que durante el sermón pueda acontecer, como es golpear las puertas, llorar las criaturas, toser muy fuerte la gente, tener ésta alguna distracción, tocar las campanas, estar mal arreglada la gente, nada debe hacer perder la calma y moderación del pre-